

La biblioteca del Rector

Como en la mítica ciudad de Castroforte del Baralla, que un observador externo podía ver levitar mientras sus habitantes se enzarzaban en polémicas de comprensión difícil para los foráneos, así llevamos un largo tiempo en el Departamento de Matemáticas de la UAM: levitando en torno a nuestra biblioteca, que el Sr. Rector está empeñado en trasladar a un extremo del Campus, alejado de nuestros despachos.

A primera vista parece un asunto demasiado específico, que afecta solo a un único departamento universitario. Creo, no obstante, que trasciende del ámbito de las matemáticas e ilustra sobre unos métodos nefastos, y unas maneras lamentables, de ejercer el poder en nuestra comunidad académica.

Por la naturaleza de nuestro oficio, las exigencias de nuestras publicaciones (*pauca sed matura*), y por la rica tradición acumulada durante muchos siglos, los matemáticos tenemos una relación especialmente intensa con la biblioteca, tanto en lo que atañe a la docencia, cuanto a la investigación. Por lo común, esta última se trata de una actividad bastante solitaria: horas y horas, generalmente en el despacho, tratando de sacar una verdad en limpio, de rodear los obstáculos y encontrar el camino que nos lleve a la demostración de esas conjeturas que son la esencia de nuestro trabajo, donde lo difícil es lo único que cuenta. Pues bien, hay días, muchos días, en los que esa actividad nos conduce, una y mil veces, a la biblioteca. No para sacar un libro, sino para contrastar un dato, una desigualdad, una estimación o un teorema. A menudo ocurre que luego de una consulta, ya en el propio despacho, junto a la pizarra, con los folios llenos de cálculos que se han ido esparciendo sobre la mesa, uno cae en la cuenta de que ya Hilbert, o Riemann, o cualquiera de nuestros ilustres antepasados, o quizá un colega más reciente, consiguió una estimación parecida a la que andamos buscando. Y entonces volvemos a la biblioteca. ¿Puede alguien imaginarse este proceder si cada viaje, entre la ida, la vuelta y la consulta, le lleva más de una hora?

Parafraseando a Quevedo podríamos decir que todo Departamento de Matemáticas está a una biblioteca pegado. Y así ocurre en los mejores centros del mundo. Las universidades de Chicago y de Princeton, por poner dos ejemplos que me son especialmente queridos porque en ambas he sido profesor, poseen unas magníficas bibliotecas generales, que son lo más cercano que he podido estar del sueño de la fabulosa de Alejandría. Empero, en ambas universidades el Departamento de Matemáticas tiene la suya propia, en torno a la cual se ubican los despachos de sus profesores.

Como en el famoso poema de Gil de Biedma, también para mí han pasado ya veinte años de casi cualquier cosa. Cuando en 1979 vine a la cátedra de Análisis Matemático de la UAM, en el departamento no había más que unos cientos de libros, que ocupaban unas pocas estanterías en una desolada habitación. Pero colaboré con algunos entusiastas compañeros en la elaboración de un plan de mejora, cuyo objetivo era crear en la UAM un centro de investigación matemática. Pues bien, una parte importante de ese plan consistió, precisamente, en la adquisición de libros y revistas. En el cajón de mi mesa guardo copias de los muchos proyectos solicitados, y luego concedidos por diversas instituciones, que nos permitieron reuniendo nuestra colección de monografías. Durante

un tiempo (1983-87) formé parte del comité de Física y Matemáticas de la Comisión Asesora del Gobierno para la Ciencia y la Tecnología. Al cabo de tres años de financiar proyectos, se me pidió organizar unas jornadas, reuniendo a los más conspicuos investigadores, para reflexionar acerca de las necesidades de la investigación matemática en España, y las medidas que el gobierno podía tomar para estimularla. El asunto de las bibliotecas fue unánimemente señalado de carácter prioritario y la Comisión Asesora sacó adelante un plan específico para financiarlas. Con todos esos mimbres hemos reunido en la UAM una colección de libros y revistas que no es “la de Alejandría”, pero sí es mucho más que una simple biblioteca de primeros auxilios. Es un lugar en el que se puede trabajar y disfrutar.

Pues bien, el Rector ha decidido por su cuenta y riesgo trasladar la biblioteca del departamento a un nuevo edificio. Condenando a sus principales, casi exclusivos, usuarios a un viaje de ida y vuelta de más de media hora cada vez que quieran realizar una consulta.

Con toda seguridad podemos pensar que este nuevo edificio, cuya construcción ha sido financiada por la Caja de Madrid, representa una magnífica oportunidad para dotar a la UAM de una biblioteca general de ciencias. Los matemáticos podríamos muy gustosamente ayudar, y asesorar en la compra de una colección de monografías de divulgación y de libros de texto para uso de los estudiantes de las diversas licenciaturas. Pero de una manera complementaria y no arruinando la principal herramienta de trabajo de que se ha dotado un colectivo consolidado de más de 60 profesores, cuya labor, hasta ahora, ha sido siempre bien evaluada.

Como escribió Borges, que nadie tome a lágrima o reproche sino a mera constatación de la realidad, que, en todo este asunto, ningún miembro del equipo rectoral (¡ninguno!) haya recabado la opinión de quien no es sino uno entre los miembros de la comunidad universitaria, pero sí es de los que más tiempo y energía han dedicado, durante veinte largos años, a la creación y consolidación de esa biblioteca de la que (*¡o tempora! ¡o mores!*) de tan arbitraria manera, desoyendo todas las razones que se le han mostrado, nos quiere alejar el Rector.

Según un chascarrillo popular, basta con regalarle una gorra a un compatriota para que éste se crea, enseguida, el rey del mambo. Pero un enmucetado provisto de un birrete negro puede producir auténticos estragos, al confundir gestión y autoridad con improvisación y arrogancia. Sinceramente espero y deseo que éste no sea el caso.

Antonio Córdoba Barba
Catedrático de Análisis Matemático
UAM